

**Abril descubrí el mar
y los helados de fresa**

DIANA PARDO

Abril
descubrí
el mar y
los helados
de fresa



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1ª. edición Abril 2021

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2021 *by* Diana Pardo

All Rights Reserved

© 2021 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17421-08-3

E-ISBN: 978-84-18259-69-2

Depósito legal: B-3.325-2021

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Impreso por Romanyà Valls, S.A. – Verdaguer, 1 – 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España – *Printed in Spain*

*A mamá y a papá,
por haberme regalado este sorprendente viaje de la vida.*

PARTE I

**Abril descubre
el mar y los
helados de fresa**

Todo cambia

Me gustaba sentir el peso de Pedro sobre mi cuerpo. Me hacía sentir plena, segura, satisfecha.

Sus movimientos eran rítmicos, estables y muy previsibles.

Como cada martes, hacíamos el amor en cuanto Álex se dormía; era como una actividad planificada en nuestra agenda matrimonial. Mi marido era un amante de las rutinas y, después de dos décadas juntos, yo también. Sin embargo, esa noche, la forma de acabar nuestra relación íntima sufrió un giro inesperado: de repente, Pedro aflojó su presión sobre mis caderas y se acostó a mi lado en la cama.

—Ven aquí... —susurró. Me sentó sobre sus piernas y comenzó a acariciar mi parte más íntima sin quitarme la vista de encima. Sus dedos se perdían en mi interior, presionando todos esos puntos que conocía tan bien.

—Para... —musité sin aliento.

—No quiero parar, me gusta verte así, Abril —afirmó mientras sus caricias me llevaban directa al orgasmo.

Alcancé el clímax convulsionándome sobre sus manos. Cuando pude recuperar el aliento, me guió hasta su erección y lo miré, sorprendida por las novedades que estaban ocurriendo en nuestro dormitorio. Entonces envolví la erección con mis labios hasta llevarlo también al infinito.

—Has estado fantástica, cielo —exclamó exhausto antes de dormirse.

Yo tardé algo más en hacerlo. No era que no me gustase experimentar en la cama con mi marido, pero nunca antes habíamos terminado así, todo era siempre tan... predecible. De todos modos, había estado bien y, oye, ¿quién no quiere avivar un poco la llama de una relación después de tanto tiempo juntos? De hecho, en unas horas estaríamos de aniversario.

Hacía veinte años que nos habíamos visto por primera vez en aquella sala de billar (hoy convertida en un supermercado) mientras ambos celebrábamos nuestros cumpleaños acompañados de amigos.

Pedro y yo habíamos nacido el mismo día del mismo año, el 18 de abril de 1979. Teóricamente, yo era mayor que él, ya que mi madre se había puesto de parto a las cinco de la mañana (dos semanas antes de lo previsto), mientras que él había inhalado su primera bocanada de aire a las cinco de la tarde.

En esos veinte años habían ocurrido acontecimientos muy importantes en mi vida, pero la pérdida inesperada de mi adorado padre y el nacimiento de nuestro querido y único hijo fueron sin duda los más relevantes.

Cuando me despertó la luz del amanecer, Pedro ya no estaba en la cama. El olor a café recién hecho me condujo hasta la cocina.

Estaba muy guapo esa mañana. En el último año, su aspecto físico había cambiado para mejor. Se había tomado al fin en serio lo de practicar deporte dos veces por semana y había eliminado el azúcar y la bollería industrial de su dieta.

Este cambio de actitud había coincidido con un ascenso profesional y ahora Pedro era el delegado regional de una importante compañía de seguros. Durante los años de crisis, habían decidido abrir nuevos mercados al otro lado del charco, así que cada seis semanas se embarcaba en un avión rumbo a Miami, donde permanecía otras dos.

En veinticuatro horas volvería a irse y, cada vez que lo hacía, yo lo echaba muchísimo de menos.

¿Qué podría decir de Pedro como compañero? Lo era todo para mí. Fue, tan solo dos años después de habernos conocido, el faro que me guio cuando mi padre desapareció de mi vida sin previo aviso. Era un compañero fiel con el que compartir el camino de mi vida; sinónimo de seguridad, decisión y buen hacer. Maura, una de mis mejores amigas, decía que nunca podría estar con un hombre como él, ya que para ella era el colmo del aburrimiento. Es cierto que Pedro era muy predecible, pero a mí, eso, en lugar de rechazo, me aportaba calma. Al fin y al cabo, era el hombre con el que había decidido compartir mi vida y también al que había elegido como padre de mi hijo.

—Buenos días, cielo. Hay zumo de naranja recién hecho en la nevera —me dijo él sonriente.

Miré el reloj de la cocina; eran las siete de la mañana.

—¿No es un poco pronto para irte a la oficina? —le pregunté medio dormida.

Sonrió de nuevo.

—La primavera está aquí y voy a incrementar mi reto deportivo a tres días a la semana.

—Ah, muy bien... Hay que ver la fuerza de voluntad que tienes, madrugador para hacer ejercicio —comenté frotándome los ojos mientras me acercaba a la nevera.

—Ya sabes, nos acercamos a los cuarenta y hay que tomarse en serio lo de la salud.

Estaba asintiendo, cuando vi un paquete de regalo sobre la encimera.

—Puedes abrirlo, es para ti.

Lo miré intrigada.

—En unas horas será nuestro aniversario y no estaré aquí para celebrarlo contigo, así que he decidido adelantarme a la fecha —me comunicó mientras me besaba en la frente dispuesto a irse.

—¿No esperas a que lo abra?

—No puedo, ya llego tarde y, además, quiero que te tomes tu tiempo en verlo. Creo que esta vez te voy a sorprender. Nos vemos para cenar, dale un achuchón a nuestro tesoro cuando se despierte.

Lo vi salir por la puerta comiendo un plátano y con su bolsa de deporte al hombro.

Parecía que la sorpresa había venido a visitarnos en las últimas veinticuatro horas y que mi marido estaba dejando de ser tan predecible. Me gustaba el nuevo Pedro, era sexi y tenía un cuerpezazo...

Oí la puerta cerrarse, me serví un café calentito y me llevé el paquete a la cama.

Cuando lo abrí, las predicciones de Pedro se cumplieron. Era un álbum de fotos. La portada era de cuero antiguo, como nuestra relación, que en dos días cumpliría veinte años. Su dedicatoria me sorprendió de nuevo:

Siempre me has dicho que las cosas no ocurren porque sí y quizá tengas razón. De repente, un día te levantas y la vida te ofrece algo nuevo, una ilusión... Estos veinte años a tu lado han sido, como tú dices, un regalo del universo, y por eso he querido recordarte algunos de los maravillosos momentos que hemos tenido la suerte de vivir juntos.

Feliz aniversario.

Pedro.

¡Oh! Eso era... era... inesperado..., romántico, maravilloso.

Pasé las páginas con cautela y ahí estábamos los dos. Un Pedro y una Abril veinte años atrás, con dieciocho años recién cumplidos. La primera fotografía era del día que nos conocimos.

El destino quiso que los dos naciósemos el mismo día del mismo año y que nuestros respectivos amigos decidieran celebrar nuestra fiesta en el mismo lugar. Si eso no era una señal, ¿qué lo era? Yo solía creer en las señales..., él no.

A medida que iba descubriendo las páginas, los recuerdos regresaban a mi mente: nuestro primer viaje juntos, nuestro Erasmus en Lille (mi vía de escape cuando mi padre falleció), nuestra graduación, nuestro primer apartamento, el compromiso, la boda y la llegada de Álex... ¡Qué día tan feliz e importante! Sin duda marcó un antes y un después en nuestras vidas. Las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas de la emoción.

—Mamiiii...

—Hola, mi amor, ven aquí.

Mi pequeño apareció de la nada en el marco de la puerta de nuestra habitación. Estaba medio dormido. Miré el reloj despertador. Aún podía descansar media horita más, así que abrí el edredón y él se acurrucó pegadito a mí. Lo que más le gustaba a Álex, como a cualquier niño de su edad, era acostarse en la cama de mami y papi.

Lo abracé. Mi niño lo era todo para nosotros y en apenas unos días cumpliría cinco añitos... Álex, como no podía ser de otra manera, también había nacido en abril.

La crisis de los cuarenta

En unas horas cumpliríamos treinta y ocho primaveras, pero, a pesar de acercarnos a los cuarenta, yo cada día me sentía mejor, ni un pequeño atisbo de crisis. A diferencia de Pedro, apenas había hecho cambios en mi vida ni en mi rutina alimentaria.

Llevaba años asistiendo a clases de yoga dos días a la semana con Maura, mi mejor amiga desde la escuela infantil y hermana adoptiva (a falta de una biológica). Cuando su agenda aérea se lo permitía, nunca nos perdíamos esta cita deportiva. Hacía tres años, se nos había unido al entrenamiento Susana, una mujer brillante a la que habíamos conocido en el instituto y de la que no nos habíamos podido separar desde entonces. A día de hoy, se había convertido en una excelente abogada de familia y estábamos superorgullosas de ella.

—Estás distinta hoy, más distraída. ¿Va todo bien? —me preguntó Maura mientras tomábamos un té antes de entrar a la sesión.

—Sí, es solo que Pedro se irá mañana y coincide con nuestro aniversario... y cumpleaños.

—¿Aniversario? Pero mira que sois pegajosos... ¿Cómo es posible estar toda la vida juntos y seguir celebrando dos aniversarios, el de novios y el de boda? Yo no me acuerdo ni de mi cumpleaños.

—Sí te acuerdas, pero prefieres no hacerlo —le dijo Susana a modo de pulla.

Maura era azafata de vuelo (o tripulante de cabina, como se llamaba ahora). Llevaba ejerciendo esa profesión desde los diecinueve años. Había alcanzado el grado de sobrecargo y solo hacía vuelos transoceánicos, lo que le permitía tener varios días libres encadenados a pesar de tener que cruzar meridianos constantemente. Por supuesto, era la más viajada

de las tres. En su casa tenía un mapa que iba coloreando a medida que iba visitando países nuevos. Pocos espacios en blanco le quedaban, la verdad.

Maura era también una apasionada de la adrenalina. Jamás había tenido pareja estable, a excepción de Roberto, un comandante diez años mayor que ella, casado y con hijos, con el que se había acostado durante dos años seguidos. Era la relación más larga que había tenido, y fue un desastre: Maura se enamoró locamente, perdió la cabeza por alguien por primera vez en su vida y estaba dispuesta a todo. Él, por su parte, le ofrecía promesas y visiones de futuro que, por supuesto, nunca se cumplieron. La ruptura llegó cuando él le confesó que su mujer estaba embarazada del que sería su tercer hijo.

En ese momento, a Maura se le rompió el corazón en mil pedazos, que Susi y yo le ayudamos a recomponer, aunque no fue fácil, debido al orgullo de mi buena amiga. Finalmente, Maura solicitó a la compañía un cambio de ruta y no volvieron a verse, a pesar de la insistencia de él.

Ella, desde entonces, disfrutaba de la magia de los primeros meses en una relación y, en cuanto esta se esfumaba para convertirse en algo más serio, perdía el interés y vuelta a empezar. Renegaba del matrimonio y de todo lo que le coartase la libertad, pero era la amiga que todo el mundo querría tener en su vida, de eso no me cabía ninguna duda.

—Esta mañana me ha dado un regalo precioso —les dije—. Un álbum de fotos de nuestros veinte años juntos...

—¡Qué romántico! —opinó Susana.

—Quiero tener otro hijo —solté de golpe.

Maura me miró fijamente.

—¿Quieres que te recuerde el horrible postparto que tuviste y la etapa de más de un año de noches en vela en la que no se te podía decir ni hola?

—¡Ay, Maura! —exclamé riendo—, el cerebro es inteligente y olvida lo malo para quedarse con lo bueno, la esencia, lo importante.

—Solo digo que te lo pienses bien. Álex ya tiene una edad muy buena y has podido recuperar parte de tu tiempo.

—Álex es, de hecho, el principal motivo por el que me gustaría tener otro hijo. Yo soy hija única y siempre soñé con tener un hermano. Quiero

concederle este deseo a él. Creo que es el mejor regalo que Pedro y yo podemos hacerle.

—¿Os lo ha pedido? —me preguntó Susana.

—No, la verdad es que nunca lo ha hecho, pero siempre que ve un bebé se acerca a darle un besito —expliqué orgullosa.

—Pues nada, oye. Si lo tenéis tan claro, adelante, ya sabéis lo que hay que hacer. —Susana me guiñó un ojo.

—El caso es que Pedro aún no lo sabe... —Las dos me miraron de repente.

—Se lo diré esta noche, antes de que se vaya, pero seguro que está de acuerdo. Él se lleva fenomenal con su hermano y siempre me cuenta batallitas de la infancia de ambos.

Hubo un silencio.

—Hablando de tener hijos —dijo Susi—, ¿por qué la sociedad es tan cruel con las mujeres y la maternidad? ¿Sabes que si te quedas preñada ahora serás una «madre añosa» a efectos médicos? ¿No se les podría ocurrir un término más despectivo? Cuando me embaracé de los mellizos, tenía treinta y seis años y no paraban de decirlo delante de mis narices. Llegó un punto en el que tuve que amenazar a mi ginecólogo con una demanda de tomo y lomo si me lo seguía diciendo, pero de los padres de las criaturas nunca se dice nada. Hay que joderse.

Susana era una abogada implacable, soltera y sin compromiso conocido. Funcionaria del Estado en la última década, hacía tres años que había decidido ser madre por su cuenta con la ayuda de la ciencia. Sus preciosos *mellis*, como ella los llamaba, tenían ahora dos añitos. Eran el motor de su vida y también su principal fuente de agotamiento. En su trabajo era Susana la abogada, la correcta, la educada; con nosotras, a veces le salía la vena *poligonera* y se desahogaba diciendo palabrotas, desactivando el filtro mental que se imponía en horario laboral y también con su familia.

—Anda, vamos, que llegaremos tarde a clase —avisó Maura con resignación.

El monitor de yoga estaba ya en clase poniendo orden.

—Qué bueno está —susurró Maura—. No me creo que sea *gay*; yo creo que es *bi*, ¿qué opinas?

Miré a Maura y puse los ojos en blanco.

—Deja al pobre chico tranquilo. ¿Cuántos años tiene? ¿Diecinueve?

—Legalmente es mayor de edad, y eso es lo único que me importa —me informó resuelta—, y con respecto a lo tuyo... Si quieres tener otro hijo, me parece fantástico, pero hazlo por ti, porque lo deseas, porque te apetece, no lo hagas por los demás, no suele salir bien.